



LIMOUSIN CORRÈZE

Un viaje de Ion Ibáñez



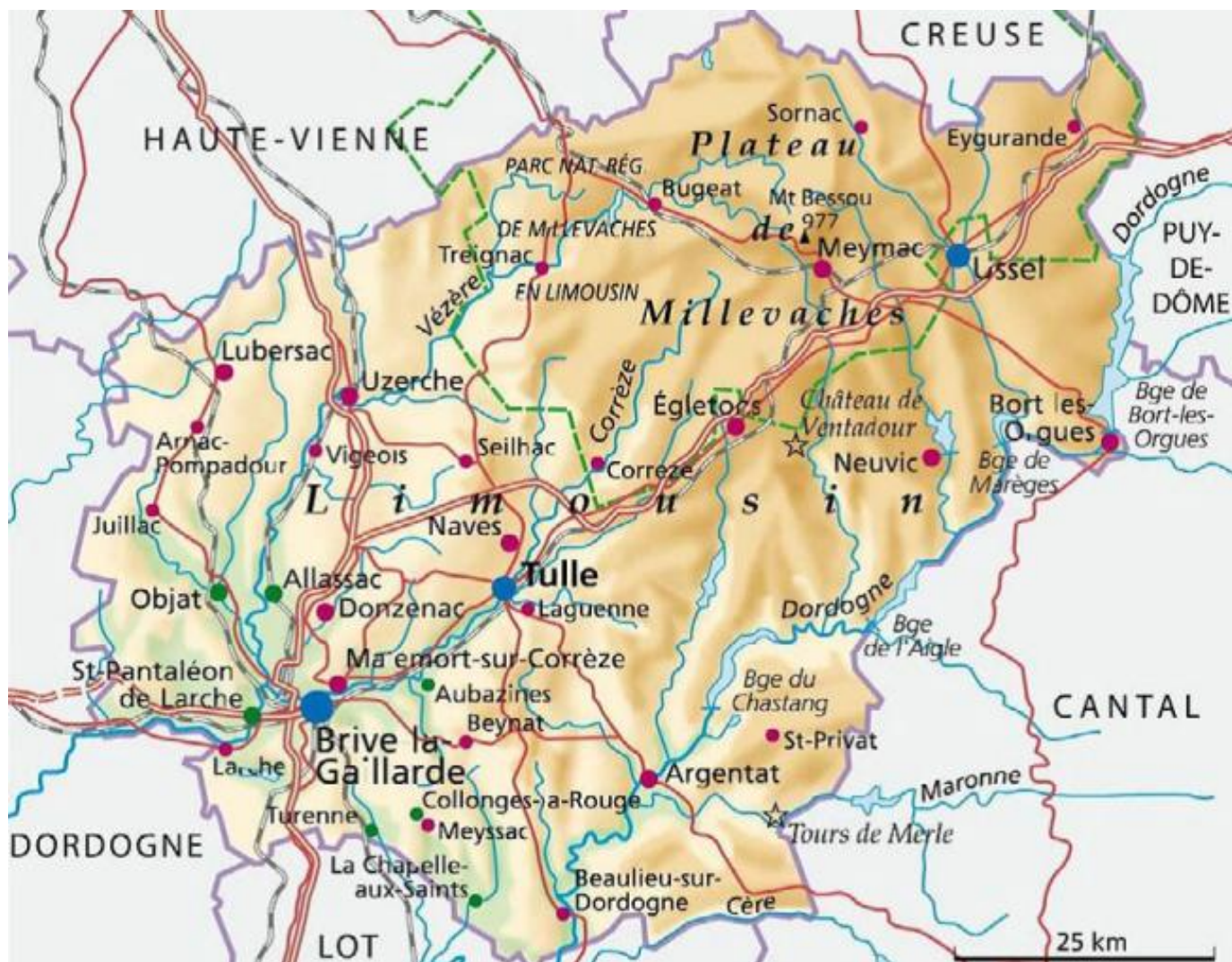
1- Dirección al valle del Dordogne visitando las preciosas aldeas de: la empinada Turenne, el color en Collonges-la-Rouge, la rural Saillac, la escarlata Meyssac, los castillos de Curemonte, y Bealieu-sur-Dordogne asentada en las orillas del magnífico río.

2 - Disfrutando de los parajes de la Dordogne en Bealieu-sur-Dordogne y Argentat-sur-Dordogne. Lo rural en Saint Mathurin Léobazel. Añoranzas en las ruinas de Tours de Merle. Monasterio y Chanel en Aubazine . Sosegada Ste Fortunade. Romance y naturaleza en Gimel-les-Cascades.

3 - La aldea de Corrèze, da nombre al río y a la región. Donzenac, notable y medieval. Otro río, La Vézère, con Le Saillant y Voutezac. En las alturas, la antigua aldea fortificada de Saint Robert. Uzerche, la "perla del Limousin". La medieval Segur le Château, silencio y serenidad. Arnac-Pompadour y su famosa marquesa.

4 - Massif des Monedieres: Affieux y la antigua Treignac, horizontes en el Suc du May, aldeas de Chaumeil y Darnets. En Millevaches: pintoresca Meymac, Lac Séchemailles y Mont Bessou.

5 - Ussel, ciudad histórica. Recorriendo las gargantas de la Dordogne: Vistas desde Site de Saint Nazaire. Lac de la Triouzoune y villa de Neuvic. Panoramas desde la presa Marèges a Bort les Orgues. Paisajes en Belvédère de Gratte-Bruyère y Pont de St-Projet. Barrage de L'Aigle y su pequeña aldea Aynes. Autenticidad de Auriac y la Roche-Canillac.



Limousin- Departamento de Corrèze

Era un día espléndido de finales de Julio, un tiempo diáfano y triunfal, días interminables, como un cielo de montañas, me siguieron entre los recovecos de este mundo aún casi virgen. Descubrir un paisaje espectacular tras otro, todos distintos pero igualmente majestuosos, de belleza serena y tranquila en un abrupto relieve que me permitió perderme durante dos semanas en una exuberancia debida a la poca urbanización y a un turismo mucho más sosegado y apacible.

El mundo se volvía suave y brillante, desaparecían las restricciones, conformando un horizonte extravagante que me apartaba de lo común envolviéndome en una atmósfera fascinante. Valles surcados por ríos y colinas lejanas coronadas por bosques se convirtieron en un panorama al otro lado de la ventanilla del vehículo. Paseando por los diferentes pueblos descubrí un rico patrimonio de un hábitat rural preservado con sus antiguas casas de piedra, graciosos tejados, sus iglesias románicas y pintorescos castillos.

1- Dirección al valle del Dordogne visitando las preciosas aldeas de: la elevada Turenne, el color en Collonges-la-Rouge, la rural Saillac, la roja Meyssac, los castillos de Curemonte, y Bealieu-sur- Dordogne asentada en las orillas del magnífico río.

TURENNE



En esa tarde despejada hacía un sol atroz, con un calor terrible, y desde el área de autocaravanas contemplaba, con una mirada ensoñada y sensible, el hermoso pueblo medieval de Turenne instalado sobre un promontorio en el que destacaba la esbelta silueta de su torreón y una avalancha de tejados de pizarra, que descendiendo desde lo alto se engarzaba a la verde campiña circundante.

Con el paseo por el corazón del pueblo había descubierto pintorescas calles estrechas y empinadas del casco antiguo bordeadas de bonitas casas, me había enamorado de sus colores y sus contrastes, rabiosos y desvencijados, y me había sumergido de inmediato en aquel ambiente que tenía un aire antiguo y evocador. Embocando una serie de callejones y callejuelas que subían, con una fuerte pendiente desde la parte inferior hasta terminar en la parte alta de la colina, me arrastraron a un medieval conjunto de casas, señoriales o burguesas, adornadas con atalayas, puertas talladas, tejados de pizarra y rematadas con torres circulares que se extendían desde la parte más moderna, del s.18, hasta la parte más antigua del s.13.

El carácter pintoresco de la ciudad se debe esencialmente a su estructura medieval y a la calidad de su arquitectura. Las construcciones son de piedra caliza, con algunos elementos de arenisca abigarrada o rosada, construidas entre los siglos 15 y 18 y las antiguas tiendas con puestos de piedra en la planta baja.



En Turenne los techos adquieren una gran importancia y constituyen, en sí mismos, un verdadero paisaje gracias a la homogeneidad de sus materiales. El lauze (piedra plana) solía cubrir las torres, luego las tejas planas rosas y marrones cubren las casas hasta el siglo 17, cuando las pesadas pizarras las remplazaron permitiendo mayores pendientes en los tejados.

También ha conservado vestigios de ese pasado bélico con restos de sus murallas, la puerta de Mauriolles, la casa del Senescal, la torre del Calvario que protegía la entrada sur y por supuesto el castillo que domina el pueblo con sus imponentes ruinas, las murallas, el torreón del s. 13 y la Torre del Cesar.

Desde el "Chemin des Lices", que rodea la colina, la vista se extendía sobre el valle inferior del Tourmente, afluente del Dordoña, y por debajo un mosaico de arboledas y pastos descendía hasta el valle desplegando un amplio repertorio de matices verdes. A lo lejos las colinas y los bosques destacaban nítidamente bajo la luz del sol. En el horizonte eran visibles las montañas de Auvernia.





Esta ciudad lleva el nombre de un vizcondado que reinó sobre Limousin, Périgord y Quercy durante diez siglos. La familia de vizcondes se benefició de la guerra franco-inglesa que duró tres siglos. El rey de Francia "San Luis", para mantener un punto de apoyo francés en esta parte "inglesa", decidió otorgar al vizconde de Turenne derechos soberanos, que hicieron de Turenne un estado dentro de un estado, que aseguró el poder y la autonomía hasta el siglo 17. Situación privilegiada que hizo del territorio una especie de paraíso fiscal acuñando su propia moneda y refugio de protestantes hasta la revocación del Edicto de Nantes bajo Luis XIV.

En 1738 Turenne fue vendida a Luis XV por 4.200.000 libras para pagar las deudas de juego de Charles Godefroy de Bouillon, el último de los vizcondes de la Tour d' Auvergne. Así termina la cuasi-independencia de Turenne. Los vizcondes, que se habían convertido en súbditos de Luis XV, se vieron obligados a pagar impuestos y el rey ordenó el desmantelamiento de la fortaleza.

Y la tarde empezó a pintar sombras alargadas en los muros de los edificios, las horas pasaron y el cielo se fue oscureciendo. Permanecí sentado en la plaza, antiguo mercado medieval, leyendo un libro mientras el pueblo guardaba silencio a la noche y a pesar de la avanzada hora de la noche, hacía calor todavía.











COLLONGES-LA-ROUGE



Los trinos de los pájaros me despertaron al alba, y me sentía a las mil maravillas, ya que el día empezaría con la emoción de visitar uno de los pueblos más especiales del Dordogne. Era el primer mes del verano y el calor era insoportable, incluso a esta hora tan temprana del día, y la naturaleza mostraba todo su esplendor llenando los campos circundantes de millares de flores e infinitos matices de verdes.

Collonges-la-Rouge apareció enclavado entre nogales y castaños que formaban un cinturón verde alrededor de su perímetro. Un gran aparcamiento era obligatorio para los visitantes, ya que por sus serpenteantes y estrechas calles el tráfico está prohibido.

Atravesando el parquin salí a las enmarañadas calles de la ciudad, bajo un sol poderoso y limpio, cuya luz inundaba de colores cálidos el casco histórico de la ciudad. Yo miraba, al principio asombrado, luego estupefacto aquel paisaje de un laberinto de calles escarlatas salpicadas de arcadas, pasadizos, arcos y multitud de caprichosas torres fortificadas, lo que le ha valido el sobrenombre de "ciudad de las 25 torres".







Caminaba, como bajo rayos de color rosado, rodeado de piedra de sillería y de coloridas paredes de un color extravagante que sorprendía por su carácter único, al estar construido completamente de piedra arenisca roja, y el encanto de una arquitectura que transmitía una sensación de solidez y antigüedad, como si se hubiera asentado firmemente a lo largo de los siglos. El cálido y bajo sol de primeras horas de la mañana proyectaba largas sombras sobre los edificios y las calles, en la que residía una animosa vida, los turistas se agrupaban en terrazas o tiendas de recuerdos, artesanía y productos locales .

Antiguo baluarte de los condes de Turenne , el pueblo medieval de Collonges-la-Rouge está jalonado por un excepcional conjunto de castillos, construidos por los nobles, con armoniosas y caprichosas arquitecturas que transforman la población en un cuento de hadas surgido de otra época. Una veintena de construcciones del pueblo están clasificadas como monumentos históricos.





Destacaban las edificaciones nobles de: El castillo de Vassinhac, que data de los siglos 15 y 16, erizado de grandes torres. El castillo de Benge, con sus restos de almenas y su elegante ventana renacentista. La casa Ramade de Friac flanqueada por dos torres de vigilancia o el Castel de Maussac, un castillo fortificado en miniatura. Junto con los restos del recinto fortificado del siglo XIV con la Porte du Prieuré y la Porte Plate.

La iglesia románica de Saint-Pierre, fundada en 1060, con su portal y su tímpano del s.12 en piedra caliza blanca de Turenne y su imponente campanario románico octogonal, que se eleva a más de 20 metros. Fue fortificada en el s.14 y nuevamente fortificada durante las guerras de religión con una torre cuadrada perforada con aspilleras.



















SAILLAC



Saillac se encuentra a solo 3 km de Colonges-la-Rouge. Conducía por una pequeña carretera secundaria, con aroma a verano en el aire, bajo un cielo soleado y azul cuya luz se filtraba entre las copas de los nogales. La población estaba bordeada de huertos, en el corazón de un terreno verde y tranquilo que alternaba entre arboles y pastos.

Por cercanía a la popular Colonges la Rouge, Saillac parecía desierto de viajeros y en el instante de mi llegada reinaba un silencio absoluto en un pueblo apegado a sus raíces y sin un turismo que altere su calma y la conservación natural de su patrimonio. Los rayos de sol mantenían caliente las paredes de piedra de edificios hechos con intención de perdurar y las cubiertas de lajas de piedra que los años habían enmohecido.



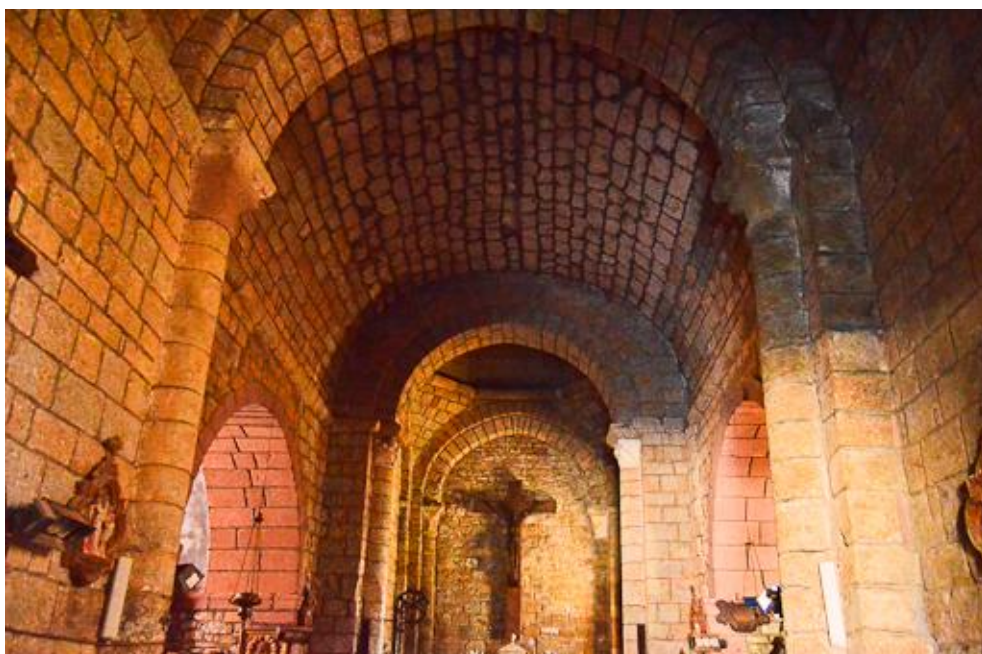


Casas típicas que constituían, en sí mismas, un verdadero paisaje gracias a la homogeneidad de sus materiales y construcciones que me mostraban los oficios tradicionales, como el antiguo molino de aceite de nuez, la herrería, lavadero y varias cruces en los caminos. Sobre los tejados se alzaba la torre fortificada de la iglesia del s. 12 y tras pasar bajo un tímpano de piedra policromada, que representaba la adoración de los reyes magos, deslumbrado por la claridad del exterior penetré en un lugar donde la penumbra olía a piedra y madera.









MEYSSAC



El cielo continuaba azul, la temperatura iba en ascenso y la quietud del aire abrigaba la promesa de una tarde calurosa. Un amplio boulevard circular (lugar donde se ubicaba las murallas del s.12 y demolidas en el s.17) rodeaba el centro histórico. La población era llana y dispersa con prados, huertas y aldeas, aunque el centro histórico era una verdadera maraña de callejones retorcidos alrededor de un mercado y su iglesia.

Al igual que su vecina, Collonges-la-Rouge, Meysac es un pueblo que comparte las mismas características de un casco antiguo construido en piedra arenisca roja, pero al contrario que su aldea, aparecía congelada y aislada del turismo de masas. Las estrechas calles estaban vacías por esa parte del pueblo y las casas estaban cerradas a cal y canto, con las plantas bajas ocupadas por los escaparates de artesanos y sopladores de vidrio. Pasear por sus agradables callejones, bordeados de armoniosas arquitecturas de elegantes fachadas, era una delicia por su decoración medieval e imponentes y sólidos edificios rematados con techos de pizarra.



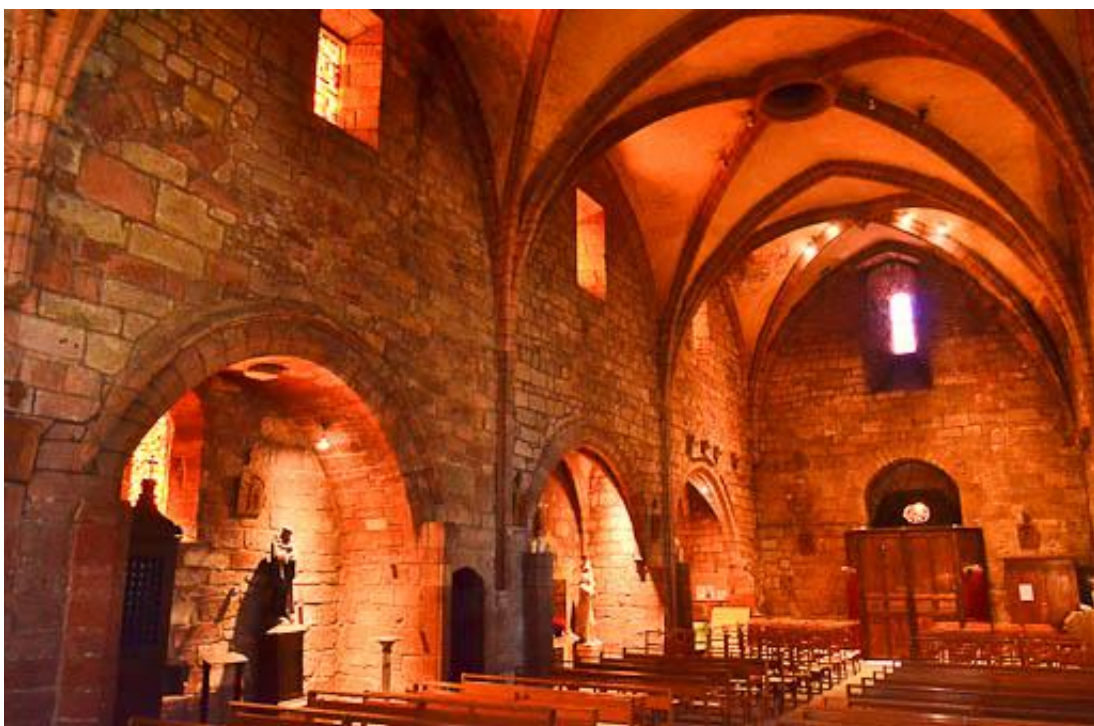






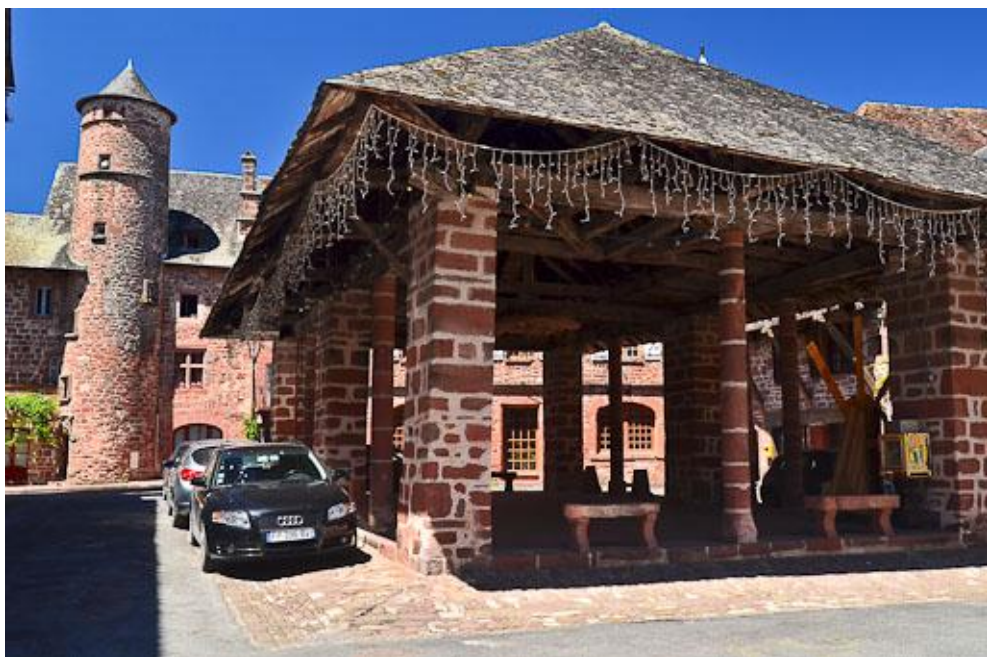
Me llamaron la atención una serie de viviendas nobles, entre las que destacaba la "maison Verdes" del s.16 con su torre, las fachadas ornamentadas, góticas o renacentistas con las puertas y ventanas esculpidas. Un conjunto de casas s.16, de entramado de madera, rodeaban la iglesia fortificada de Saint Vincent del s.12 y reconstruida en los s.15-16. El portal oeste conservaba su estilo original románico y durante la guerra de los cien años se añadieron elementos defensivos, transformando la mayor parte del edificio en estilo gótico. El fresco interior resaltaba por su carácter oscuro y enigmático de algunos de los iconos. Y a la salida la puerta se abrió a la luz, intensa y cálida atmosfera del exterior.

Casi oculto por la iglesia, en la place de la Halle, se hallaba la sala del grano. Era el antiguo mercado del s.17 que me llamaba la atención por la estructura de madera, recubierta de pizarras, con los pilares y columnas de arenisca roja y maciza que sustentaba el conjunto. Sólidos edificios de varias plantas, construidos con piedra y entramado de madera, rodeaban el antiguo almacén de cereales.









CUREMONTE



Hacia una tarde cálida y despejada y un pequeño camino, entre bosques de nogales, me condujo a esta magnífica e increíble localidad situada en el corazón de un paisaje verde y tranquilo del valle del Dordoña. La calzada me llevó, en primer lugar, a las alturas del pueblo donde tuve una imprescindible parada para contemplar la magnífica vista del paisaje verde y los tejados de Curemonte dominados por las imponentes torres de sus tres castillos. Al fondo las colinas verdes y amarillas parecían brillar bajo la luz dorada de la tarde.

En ese momento experimenté aquella extraña sensación de que unos dedos me acariciaban la cara desde el pasado, y con ánimo expectante me aproximé a la aldea. Miré asombrado a mi alrededor y fue como traspasar la entrada de un túnel del tiempo, estaba impresionado por su arquitectura, su rico patrimonio y la magnífica conservación de antiguas casas rurales de piedra que han conservado su autenticidad. Descubrir aquellas elegantes residencias de nobles del s.16, con fachadas ornamentadas de rostros tallados en piedra, repisas esculpidas, balcones de madera, torreones rematados en pizarra y tejados de formas inverosímiles.







En ese momento un sol cegador rebotaba en la claridad de sus piedras y en el aire flotaba un calor somnoliento, que no evitaba disfrutar de aquel delicioso ambiente e intentar fijar el recuerdo en mi memoria. Paseando por el corazón de Curemonte solo había que levantar la vista para descubrir su riqueza arquitectónica de las torres de majestuosos castillos y campanarios de iglesias románicas del s.12.

Quienes construyeron la ciudad quisieron convertirla en un lugar inexpugnable y en un centinela del importante vizcondado de Turenne. Cuna de grandes familias feudales, los Curemonte, los Aymar, los Cardalhac y los Plas, se repartían el poder del pueblo y sus tres castillos. El más antiguo es el castillo de Saint-Hilaire construido por los descendientes de Guy de Curemonte, un cruzado cercano al vizconde de Turenne, reconocible por sus dos torres cuadradas así como por su edificio principal del siglo 15. El segundo castillo pertenecía a la familia Plas y tiene torres redondas que datan del siglo 16. Finalmente con aspecto de casa solariega el Johannie del siglo 14, que ofrece similitudes arquitectónicas con el de Saint-Hilaire, con la torre de escaleras que une las dos alas.









En el corazón del pueblo, y ambos lados de la plaza principal, se hallaba el mercado y la iglesia románica de San Bartolome del s.12. Ingresé a través de una puerta discreta para encontrarme rodeado del silencio de las piedras, olía a incienso y cera donde diminutas llamas parpadeaban con las velas votivas. El edificio tiene una parte central que data del s.12, mientras que el crucero y las bóvedas del coro son de época gótica. Completamente restaurada, la iglesia ha recuperado su policromía original.

La iglesia románica de Saint-Hilaire-de-la-ombe , cuyas partes más antiguas datan del s.11, es probablemente una de las más antiguas de Corrèze. Había sido edificada sobre restos mucho más antiguos y cuya construcción data probablemente de los s.5 a 6.







